

Carmen Vincenti (Universidad Simón Bolívar, Caracas)

Venezuela y la patología del Chavismo*

Resumen

Carmen Vincenti centra su atención crítica en los adeptos del presidente venezolano Hugo Chávez Frías, dentro del marco de la aguda crisis política que atraviesa el país suramericano desde 1998. Considerando las diversas tramas históricas de un imaginario cultural que da cuenta de la “morfología del venezolano” —la baja autoestima, el paternalismo, el caudillismo, el heroísmo bolivariano y las mitologías revolucionarias de los años sesenta del siglo XX, entre otros—, Vincenti discute la formación de una patología colectiva anclada en el autocastigo de una nación por sus propias incapacidades históricas y culturales, y cuya representación simbólica se encuentra cifrada en la aparente fuerza política de Chávez.

Palabras clave: Hugo Chávez, Venezuela, imaginario venezolano, crítica cultural.

Abstracts

Venezuela and the “Chavismo” Pathology.

Carmen Vincenti focuses her critical attention on the supporters of the Venezuelan president Hugo Chavez Frías, within the framework of the acute political crisis that this South American country has passed through since 1998. Taking into account the varied historical plots of a cultural imagery that gives account of the “morphology of the Venezuelan” —low self-esteem, paternalism, bossism, the Bolivar heroism and the revolutionary mythologies from the 60’s in the 20th century, among others—, Vincenti discusses the formation of a collective pathology that is anchored to the self-punishment of a nation because of its own historical and cultural weaknesses, and which symbolic representation is summarized in the pretended political strength of Chávez.

Key Words: Hugo Chávez, Venezuela, Venezuelan Imaginary, Cultural Criticism.

* Carmen Vincenti ha publicado, bajo el nombre de Carmen Bustillo, varios ensayos de crítica literaria: *Barroco y América Latina. Un itinerario inconcluso* (1990 y 1996), *La aventura metaficcional* (1998), *Una geometría disonante. Imaginarios y ficciones* (2000), entre otros.

Esta ideología [la del nazismo] resulta de su misma personalidad [de Hitler], que, con sus sentimientos de inferioridad, odio a la vida, ascetismo y envidia hacia quienes disfrutan de la existencia, constituye la fuente de los impulsos sadomasoquistas, y se dirigía a gente que, a causa de su similar estructura de carácter, se sentía atraída y excitada por tales enseñanzas, transformándose así en ardientes partidarios del hombre que expresaba sus mismos sentimientos.**

Erich Fromm, *El miedo a la libertad*

Resulta entre ealarmante y ridículo la cantidad de estudios, ensayos, artículos y libros que se ha escrito en pocos años acerca de la figura de Hugo Chávez. Menos frecuentes son —o así lo creo— las reflexiones sobre sus adeptos, los cuales, a mi manera de ver, son tan dignos de atención como el comandante que los inspira —en cuanto fenómeno psico-social— para empezar a entender el momento histórico que vivimos, y, más aun, el propio imaginario venezolano que lo justifica. Todo lo cual se agudiza en un momento como el actual —año 2002— en el que la crisis política ha llegado a un punto límite del que no se sabe cómo va a sobrevivir el país, y, sin embargo, seguimos viendo a las autoridades gubernamentales defendiendo lo indefendible, al público oficialista aplaudiendo retóricas delirantes, al “pueblo” agitando las calles en apoyo tajante del mandatario y sus acólitos, a personas de la clase media —cada vez en menor número, dichosamente— que insisten en apoyar el llamado proyecto de la llamada Quinta República.

Es este último grupo el que me interesa en primer lugar. Porque, estemos claros, los que defienden y aplauden viven de eso y cuesta mucho dejar de aferrarse a la cuerda —más gruesa o más fina— que otorga un espacio de poder, por pequeño que éste sea, o un clandestino beneficio económico (si las transferencias hablaran...); y “el pueblo” —sujeto y objeto tan manipulado históricamente desde la terminología demagógica— está movido por la desesperación, la ignorancia y la contaminación de elementos infiltrados, adiestrados convenientemente por instructores nacionales o importados. En todo caso, desafortunadamente, no tienen nada que perder, muchas veces ni siquiera una familia o un salario.

Volvamos entonces a la ambigua clase media, de amplísimo espectro posible y desdibujadas fronteras, en la que se congregan profesionales, educadores, técnicos especializados, intelectuales, funcionarios y empleados de las más variadas ocupaciones. ¿Qué puede impulsar a estos individuos, que poseen una educación formal, que tienen acceso al código de economistas, politólogos y periodistas de opinión; que sufren en carne propia el descenso brutal de la calidad de vida; a quienes se les puede exigir una cierta lucidez en la captación de correspondencias entre palabra y pensamiento; qué puede impulsarlos, repito, a seguir solidarizándose con un discurso y una acción —no siempre coherentes entre sí, por cierto— que se empeña en ranchificar al país, que a diario ofrece contrastes entre viajes estériles en un avión millonario,

** Indispensable eliminar el término “ascetismo” para el asunto que nos ocupa.

rodeado de la amplísima comitiva que disfrutará con él los beneficios de un hotel cinco estrellas, y la arenga exaltada sobre la injusticia de la pobreza y la indiferencia de los oligarcas; que se escucha a sí mismo, narcisísticamente, durante largas horas de impuesta cadena radio—televisiva nacional, sin importarles medio real los costos perdidos de las emisoras comerciales (al fin y al cabo, los del país); que insulta, también a diario, a todo el que no diga lo que él quiere oír, mientras por otro lado habla de su disposición a la paz?

Larga interrogante (síntesis de una enumeración mucho más extensa) que ofrece múltiples respuestas probables, o quizás ninguna. Intentemos, de todas maneras, hurgar en algunas de ellas, sustentándonos en rasgos de la morfología del venezolano (no inventada por Chávez, dicho sea de paso). Y esto es muy importante porque —aunque, por fortuna, muchos se han desdicho— sus votos contribuyeron decididamente a la entronización del régimen que nos está llevando al caos. Pero antes, entendámonos: cuando hablo de “la morfología del venezolano” estoy aludiendo a una serie de rasgos que ilustran el *imaginario* que nos identifica, es decir —según los conceptos propuestos por sociólogos, psicólogos y antropólogos—, un modo de percibir, de interpretar, de nombrar la realidad y de funcionar en ella; una forma de ordenamiento social que se va configurando como una red consciente/inconsciente a lo largo de la historia de colectivos nacionales y regionales, como puede ilustrar el famoso *realismo mágico* o las distancias que separan a un habitante del norte de África, por ejemplo, del vecino de un suburbio norteamericano.

El primero de estos rasgos que salta a la vista —ampliamente estudiado— es la baja autoestima del venezolano, la minusvalía alimentada por respetados ensayistas en su elaboración sobre la patología de los conquistadores que convirtió nuestro territorio en un hotel de paso, en un accidente circunstancial, como podría ser un hijo no deseado. Efectivamente, los venezolanos no nos queremos a nosotros mismos ni nos tenemos ninguna fe. Consciente o inconscientemente, tácita o explícitamente, desde las más variadas perspectivas, creemos que cualquier uso o cosa que venga del exterior vale más que lo nuestro, nos burlamos de cualquier intento de reafirmación de identidad (música, literatura, ciencia, arte, pensamiento: a menos que venga refrendado desde fuera): innumerables e incansables chistes dan cuenta de ello, y, más recientemente, el éxodo de profesionales jóvenes —graduados muchas veces gracias a fondos y becas venezolanas (de cuando éramos “ricos”)— que no se adaptan a los tiempos difíciles que vive la nación y prefieren trasladar sus destinos a sociedades más tranquilas, cómodas y civilizadas (porque ya en este país no se puede vivir...). Quizás regresen cuando no tengan que hacer tanto esfuerzo.

Esa tan lastimosa autoestima se hace particularmente llamativa si la articulamos con la imagen de “tierra de gracia” que también nos devuelve el espejo: no sólo se nos ha regalado un territorio exuberante que ofrece los más variados climas y las más variadas bellezas y posibilidades regionales, sino también un suelo abundante que corona en la afluencia petrolera de la que hemos disfrutado —indiscriminadamente—

desde mediados del siglo pasado. Sin embargo, ello no ha logrado sino toda una otra caterva de humorísticas miradas demeritorias: el gran Dios fue espléndido cuando repartió los bienes en nuestra comarca, sólo que equilibró su desmesura con un paisano incapaz, revoltoso, flojo, pícaro, mal ciudadano, irrespetuoso, ignorante, desordenado y corrupto (e —imposible negarlo— tales estereotipos quedan ilustrados con frecuencia, aunque sus opuestos también). Surge entonces la noción del “gendarme necesario”, la convicción de que la única manera de lograr que el país funcione es a través de un sistema paternalista que resuelva titánicamente —desde su altura y mejor saber y poder— todos los problemas sociales, y a la vez tenga —y muestre— la suficiente fuerza como para mantener en su lugar cualquier posible subversión al orden impuesto.

Ello explica, ante tantos fracasos y descontentos producidos por el mal funcionamiento de la democracia a la altura de 1998, la esperanza en la acción de un mesías vocinglero que prometía resolver “todos” los problemas de la población, comenzando por la corrupción de una cúpula política que jamás se habría preocupado sino de intercambiar y atesorar poder y bienes económicos en desmedro de los más desposeídos. Pero resulta que —como lo demuestran las más variadas experiencias históricas— el imaginario de un colectivo no cambia por decreto, y, una vez más, el lapso transcurrido desde la emisión de las promesas no ha hecho sino activar y potenciar la corrupción y la manipulación del poder, y por tanto los índices de nepotismo, pobreza, analfabetismo, delincuencia e impunidad. Con un agravante: Hugo Chávez jamás —mucho menos que sus congéneres del pasado— ha sabido ni entendido lo que tiene entre manos, es decir, el oficio de gobernar un país, y la soberbia de su ignorancia le ha impedido siquiera saber rodearse de los especialistas en quienes hubiese podido delegar los asuntos de Estado. Como cabal narcisista, lo único que ve y escucha es el reflejo de su propia imagen, reproducida en eco por aquellos a quienes les interesa seguir siendo protegidos por esa imagen, mientras continúan saqueando no sólo las arcas sino la dignidad del país.

Ahora bien, continúa la interrogante: ¿por qué quieren seguir creyendo en el personaje, y en el proyecto que simula tener, quienes vienen conviviendo con el fraude de un discurso que en ningún momento se ha bajado de la arenga de campaña electoral para ocuparse realmente de los múltiples problemas económicos y sociales; que presencia el nuevo aire de los viejos partidos políticos —merecedores, efectivamente, de eliminación— ante la ineficacia del gobierno; que tiene que soportar las consecuencias del aumento de la deuda internacional, del descenso desmesurado del valor de la moneda, del desempleo creciente, de la incoherencia entre palabras y hechos?

Un intento de respuesta parcial nos lo podría proporcionar otro concepto clave: el tan manoseado término “revolución” —del cual aún alardea la retórica oficial—, inserto en nuestra corriente sanguínea desde la gesta independentista —memoria ritualizada que se transmite de generación en generación— y remodelado y actualizado en las utopías de los sesenta. En aquella década ya tan lejana, el mundo occidental

todo incubó la esperanza de un planeta mejor y de un hombre nuevo. En nuestro territorio latinoamericano, de allí Castro y de allí Allende, proyectos que, desafortunadamente, confluyeron en estrepitosos y trágicos fracasos (y no es éste el espacio para indagar en la complejidad de sus circunstancias). El asunto es que cierta psicología individual y colectiva no ha logrado aprender de la experiencia histórica, y se mantiene creyente de un pase de magia que convierta en iguales a todos los seres humanos, corrigiéndole la plana a los dioses, que, vaya usted a saber por qué, nos hizo tan diferentes a unos de otros. Fueron muchos los inconformes, los intelectuales, los ingenios, los bien intencionados, que, debido a ese trasnocho sesentoso, se unieron a la masa que votó por Chávez en el 98, sin detenerse a examinar los indicios que, desde el comienzo, revelaban a un enfermo mental que no sólo no sería capaz de cumplir siquiera una pequeña parte de sus promesas sino que llevaría al país a la descomposición y la anarquía; que tal aspirante a presidente —desde un dogmático vacío ideológico— sustentaba sus propósitos políticos en la crasa incultura de los procesos históricos y en un patético resentimiento de fantasías personales no cumplidas (pelotero televisado, actor aclamado o amigo del alma de Fidel, por ejemplo). Tan es así, que pronto empezó a escudarse en la figura de Bolívar (con algunos intentos de incorporar a Jesucristo), potenciando en el colectivo el imaginario de heroicidad que tanto ha cobijado décadas de conformismo y cómo de cobardía; conmoviendo con su voz estentórea y su gesto altisonante la veta justiciera y utópica de cualquier conglomerado humano.

En el fondo —y también era evidente para los que querían darse cuenta— lo que se estaba motorizando era otro de los grandes imaginarios de nuestra configuración social: el imaginario del caudillismo. Léase: la posibilidad de convertirse, de la noche a la mañana, de peón de hacienda en general de ejército y conductor de masas, tal y como se instauró en nuestro conflictivo y sangriento siglo XIX y que se enlaza sugerentemente con aquello del “gendarme necesario”. El único pequeño problema es que Venezuela ya no es una hacienda de campo —si es que alguna vez lo fue—, y, quiera que no, más adelante o más atrás, pisa ya los ámbitos del siglo XXI. Lo que Hugo Chávez pensó era su propiedad privada —con cuyos recursos y leyes podía hacer lo que mejor le viniera en gana— le está resultando, para su propia incredulidad, un espacio duro de roer.

Sin embargo, todavía seguimos encontrando voces que alegan que no se le ha dejado gobernar —cuando ningún dirigente anterior tuvo el porcentaje de apoyo que él ha tenido—, que el país quedó demasiado empobrecido como para que se vean aún resultados —cuando los precios del petróleo se favorecen más que nunca de los conflictos con otros países productores—, que su proyecto político es el único proyecto del tiempo de la democracia que se ha ocupado verdaderamente de las clases marginadas —cuando cada día es mayor el desempleo, la corrupción y la miseria.

Paradójicamente, todo lo anterior, mezclado y revuelto, trae a la mente una suerte de “erotismo de muerte” —otro intento de respuesta parcial—, con toda la carga de contradicción que implica tal imagen (aun sin ser original del todo: Drácula y similares) y que quizás nos remite a la noción lacaniana de “goce”: Venezuela se regodea en

el auto-castigo por pecados propios y heredados que no le han permitido desarrollarse según los modelos en uso, por la degeneración y podredumbre humana que siente forma parte de su estructura originaria (no servimos para nada...); se castiga por el mismo hecho de no quererse¹ y “disfruta” de ese auto-desprecio. Escoge entonces una figura que desprende —para algunos, para un sector, para una multitud: de hombres y mujeres indistintamente, dicen por ahí— un erotismo primario y arrasador que lo convierte en el líder más popular de nuestra historia contemporánea. Porque lo llamativo es que la “atracción fatal” que ejerció Hugo Chávez sobre masas de composición altamente heterogénea —aun no eclipsada del todo— siempre se afirmó en torno al odio y la destrucción. Ese hombre llano y sencillo a quien todavía puede vérselo palmeando a una señora humilde como si fuese su compadre, es el mismo que, con ojos inyectados, irrespeta, humilla y amenaza a sus opositores; es el mismo que, con el propósito de dividir al país en su propio beneficio, se ha empeñado en sacar a colación los escondrijos más tenebrosos del resentimiento social, bajo el engaño de una igualdad que no ha hecho sino precipitar hacia abajo el nivel de expectativas y la calidad de vida de los venezolanos, empezando por los más desguarnecidos; es el mismo que desde sus primeras apariciones, con actitud de “guapo de barrio” anima a la violencia, y actualmente, en un autismo ciego y sordo, se rehúsa a asimilar el rechazo de quienes anteriormente lo apoyaban (en ilustración de la perversa dependencia mutua del amo y sus vasallos) o se niega explícita y rotundamente a ceder la silla del poder a riesgo de una guerra civil, cosa que pareciera no tener importancia (recordemos que la épica independentista, de la cual tanto se vanagloria el discurso canónico, terminó siendo una guerra civil que asoló el territorio nacional y modelizó pautas de comportamiento de las que no pudimos desprendernos por más de un siglo).

No queda menos que pensar, entonces, que entre el ahora presidente y esos votantes que lo llevaron al poder —en una especie de acto suicida—, o quienes aún hoy lo defienden de buena ley (los bien intencionados que se resisten a aceptar el engaño del que fueron víctimas), existe un engranaje consciente/inconsciente: una condición individual y colectiva que produce conexiones entre el magnetismo de un líder psicótico y la inseguridad y debilidad de un pueblo en busca de guía. La entronización de un imaginario social fascinado e idiotizado por la aparente fuerza de aquél en quien ha proyectado la frustración de sus propias incapacidades.

El producto, a la vista de todos, es lo que nos hemos atrevido a denominar la patología del chavismo, la cual exhibe todos los síntomas autistas producto del contagio. A su alrededor, un país dividido, enfermo, atravesado por un discurso tanático que propaga el veneno de mentiras recubiertas de verdades parciales, de una corriente demencial que va sacando lo peor de cada individuo; atravesado por la violencia y la

¹ No puede dejar de anotarse que —¿curiosa, significativamente?— la imagen de castigo es altamente frecuente en la literatura cubana del exilio.

incertidumbre de un mañana que no permite apreciar el presente ni mantener la lucidez del quehacer diario. Ese veneno, bacteria, cáncer monstruoso que nos está consumiendo, sonríe descaradamente bajo la bandera nacional e insiste —todavía con parcial éxito— en convocar la adhesión del país.

¿Podríamos llegar a la conclusión de que Hugo Chávez es la representación simbólica de la pulsión de muerte de un pueblo a la búsqueda del enfrentamiento con su sombra, con el lado oscuro de esa (su) psiquis colectiva que lo ha condenado a la vergüenza y a la marginalidad histórica? ¿La figura que cifra una compulsión: la de cumplir la condena impuesta por un incomprendido pecado original que nos marcó desde el equívoco de nuestra fundación?

Afortunadamente, existen fuertes indicios de otro escenario factible: la reacción del ciudadano común, de la gente joven, de quienes por décadas nos hemos acostumbrado a ser abusados sin congregarse ánimo para la protesta (como no fuera la abstención —insensata— del deber y derecho a voto); el aprendizaje de los derechos y deberes civiles que conforman los diferentes espacios de una sociedad. En síntesis, el triunfo de la pulsión de vida sobre la pulsión de muerte, y la asimilación responsable de que sí vale la pena trabajar por el país, que es trabajar por nosotros mismos. Lo cual nos llevaría a asomarnos a la posibilidad de la auto—estima después de haber vislumbrado el abismo. Con ello, el despunte de una transformación benéfica en el imaginario colectivo, y por ende, en el funcionamiento de nuestras realidades, que nos condujera, finalmente, a empezar a estar orgullosos de nosotros mismos.

Imposible terminar esta breve reflexión sin dos últimas preguntas: ¿En cuál de ellas se resumirá nuestro futuro? ¿Qué país queremos? Precisamente porque Hugo Chávez no es gratuito, el análisis de las causas profundas que nos han traído a este año 2002 se hace indispensable para diseñar y emprender caminos que saquen al país de la pesadilla que se(nos) ha(hemos) construido como realidad.